

OTRAS RAZONES

DE OPRIMIDOS A COMPRIMIDOS



Los artículos de pensamiento crítico, al enfrentarse a las ideas políticas que todos creen saber de mejor tinta, además de no ser aceptados por los intelectuales de oficio, no suelen ser bien comprendidos por casi nadie de peso en la sociedad bienpensante. La mejor tinta que imprime esa seguridad dogmática a sus falsos saberes no es, por supuesto, la de algún genio consagrado en la filosofía ni, por asomo, la del propio tintero. Mientras subsiste el Régimen de Poder que las crea, dicta y propaga, las ideas dominantes parecen estar hechas de piedra dura para que contra ellas se estrelle la posibilidad de un pensamiento libre. Lo peor de las ideas confusas y vulgares —y todas las dominantes lo son— no es que sean maliciosamente falsas o ingenuamente erróneas, pues eso sería corregible con el diálogo de las inteligencias, sino que una vez profesadas, sea por utilidad del interés egoísta o por el temor social a enfrentarse con la «verdad» establecida, llegan a ser, como genes políticos, indestructibles. La evidencia de la realidad contraria que las niega y la fuerza de la razón propia que las analiza carecen, salvo en pocas mentes intrépidas, de esa dureza abrasiva capaz de erosionar y disolver el material indeble con el que la propaganda del sistema fabrica simples ideas de piedra.

Los periodistas y columnistas, que ni siquiera intervinieron en el proceso de fabricación mitológica de las ideas dominantes, se las tragan como tabletas o comprimidos intelectuales que, de una vez para siempre, ahorman sus cerebros a la visión del mundo que el poder político les sugiere. Con esas píldoras alucinantes, la ficción ilusa sustituye a la realidad de los sentidos, el sueño de los deseos a la vigilia de las necesidades, la mentira de las representaciones a la verdad de los hechos. Los mismos pueblos que poco antes vivieron, sin libertad, verdaderamente oprimidos, se encantan de vivir, con libertades de consenso, en estado comprimido. Nadie tiene que pensar por su cuenta. Todo está ya conformado de antemano. El futuro está comprimido en el presente. La libertad expulsa de su seno la aventura. La incertidumbre se escapa a los márgenes de la historia. El instinto de poder y de fama expulsa otras nobles apetencias de vida superior, salvo la de más riqueza pecuniaria. La dignidad social, comprimida por el valor sustantivo del éxito a cualquier precio, se torna risible. Y el honor personal se guarece en relicarios trasnochados.

A diferencia de lo que ocurre en el mundo de las cosas extensas del espacio, donde la gravedad y la cohesión hacen comprender lo que está comprimido, lo que es compresible en el mundo de las cosas intensas del espíritu llega a hacerse incomprensible. La máxima compresión de la libertad, el consenso político, suprime la divergencia en los criterios de moralidad pública y justicia, el disenso ante la jerarquía de los valores sociales, la discrepancia frente a la organización del

poder, el pluralismo de las opiniones en todo lo fundamental, la libertad de acción colectiva y de pensamiento individual. Mediante la compresión de los elementos individuales de la libertad, el consenso niega

las bases de la civilización moral, de la democracia política y de la política misma. Reduce la libertad política a una alternancia, en la administración de lo público, de dos partidos prebendarios financiados por el Estado.

Contra la opinión que Goethe hizo expresar al optimista conde de Egmont, en su fatal diálogo con el tenebroso Duque de Alba, los pueblos que están largo tiempo oprimidos por la fuerza represiva de una dictadura, se consideran liberados cuando pasan a estar comprimidos por la sola fuerza compresiva del consenso. Y cuando la tolerancia sustituye al respeto, la libertad de la democracia se hace, más que imposible, invisible. Siendo la única libertad que sacaría a los pueblos, si pudieran verla, de la servidumbre voluntaria y partidista en que se hallan.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

TIMOR Y KOSOVO



Afirmaba Hegel que la historia era el gran juicio universal. El filósofo germano veía el despliegue del proceso histórico como la revelación y evidenciación de la realidad más profunda que la cáscara del acontecer oculta. Pero, naturalmente, ha de pensarse que semejante proceso de desvelación y clarificación se cumple en la lenta maduración que el reposado paso del tiempo implica. La gran sorpresa es cómo, ahora, en la celebridad de unos meses se nos ofrece, como un relámpago iluminador, el juicio y condena política internacional de las grandes potencias occidentales.

Estamos asistiendo al más brutal genocidio en Timor Oriental, ante la pasividad impertérrita de los amos del mundo, ante la parálisis de la terrible máquina bélica que en sus manos tienen. Genocidio desencadenado, además, tras un referéndum patrocinado por las Naciones Unidas, en que un pueblo ha proclamado inequívocamente su voluntad de independencia. ¿Qué se hizo de aquellas pomposas declaraciones que, hace pocos meses, proclamaban la voluntad de acabar con los genocidios? ¿Qué dicen ahora Clinton, Solana, Blair, Schröder, Aznar, Almunia y tantos

otros que se pretendían paladines de un justo orden internacional? Aquellos que, ante un supuesto genocidio —en realidad un episodio más de una guerra civil atizada por las grandes potencias— pretendían justificar los bombardeos

y destrucción de todo un país como vía de contención de la pretendida limpieza étnica. A la brutal luz de lo que está ocurriendo en Timor queda claro que, carentes de todo sentido ético y jurídico, sólo los intereses económicos y el imperialismo estadounidense les guían.

En realidad lo que ahora se explicita es una larga historia. Todo empezó con el golpe militar y el exterminio de un millón de comunistas, patrocinado por la CIA, durante la guerra fría para convertir a Indonesia en un fiel aliado de la SEATO. Continuó con la invasión de Timor Oriental, tras la descolonización y justamente al día siguiente de que el Presidente de los EE.UU., Gerald Ford y Kissinger visitaran al dictador Suharto, iniciándose, a partir de este momento, una feroz persecución de la población lusófona y católica, que ahora culmina y aparece a plena luz después de un largo silencio encubridor. Y en todo este amplio período Australia consiguió ventajas para explotar el petróleo de las costas de Timor y Gran Bretaña enriqueció sus arcas con enormes ventas de armamento para el ejército del Dictador, equipado, también, por Australia y los EE.UU. Ahora todo lo que se le ocurre a Clinton como medida es amenazar con suspender la colaboración militar con Indonesia, mientras se habla, se susurra tímidamente, en torno a la posibilidad de enviar fuerzas de las Naciones Unidas, cuya inacabable espera resulta mucho más inquietante que la de Godot. Y cuya llegada, si se produjera, encontraría sólo un desierto poblado de cadáveres.

¿Quién puede poner en duda que el único criterio orientador en la política de las grandes potencias occidentales es la distinción entre amigo y enemigo —o sospechosos de tal— y que los hechos, despojados de toda consideración jurídica o ética, son valorados a esta luz? Cuando Sadam Hussein invadió Kuwait asistimos a la convocatoria de una gran cruzada liberadora. Y posteriormente al incesante acoso de Irak. Nada semejante se produjo con la invasión, mucho más sangrienta, de Timor en 1975.

Larga, larguísima historia de cínico despotismo, —con perdón de los tan interesantes filósofos cínicos helenos— encubierta por solemnes, vacuas declaraciones de democracia y justicia. Pero en ella este año de 1999, de fin de siglo, ha resultado singularmente revelador. El contraste de tres episodios no puede resultar más escandaloso, la siniestra captura y condena de Ocalan dentro de la persecución en Turquía de la población kurda, —jamás condenada—, la pasividad ante el genocidio de Timor y, en contraste, la intervención destructiva en Yugoslavia, para entregar el poder al UCK. En el horizonte está algo que profundamente nos afecta a los españoles: el referéndum sobre el Sahara Occidental eternamente demorado. Deberíamos prepararnos para evitar que se convierta en un escándalo más.

Carlos PARÍS

¿ILEGALIDAD?

Lo de la revisión por la Audiencia Nacional del tercer grado penitenciario, que un juez militar concedió a los tres oficiales de la Guardia Civil condenados en el caso Ucifa, puede traer cola. Juan Bravo se dio ayer un paseo por la zona de la plaza de Colón, de Madrid, y se encontró, en una cafetería, habitualmente frecuentada por jueces, fiscales y abogados, a dos seducidos jurisconsultos que se estaban tomando el aperitivo.

Y le comentaron a JB que los magistrados de la Audiencia Nacional, en el afán de resolver a la mayor brevedad el asunto —¡cuánto se agradecería esa celeridad en otros temas— pueden incurrir en una ilegalidad.

Le explicaron que la Sala encargada de tomar la decisión debería pronunciarse con anterioridad sobre si es competente o no para hacerlo. Ya que, de entrar sin más en el fondo, estaría hurtando a los justiciables —en este caso los tres agentes de la Benemérita— la posibilidad de recurrir ante una instancia superior si la decisión no les parece la más adecuada. Parece cosa baladí, pero no lo es.

Todo esto ocurre cuando se ha concedido el tercer grado penitenciario a cinco etarras, lo que parece contar con la general complacencia, en aras de la concordia. ¿Terroristas sí, guardias no?.

Juan BRAVO

